

ROSAURA ÁLVAREZ

ALREDEDOR DE LA PALABRA



Mirto Academia 

Índice

Alrededor de la palabra poética de Rosaura Álvarez, por Antonio Chicharro	11
---	----

[1986]

HABLO Y ANOCHECE

CANTO

I

Memoria	33
Mi estudio	34
Palabra inasible	35
Claroscuro	36

CANTO

II

Bosques de agua	39
Cuando el aroma es recuerdo	40
El brillo ausente	41
Resurrección	42

CANTO

III

Sucedan noches	45
Rota la unidad	46
Se clavaba la noche	47
Un nuevo día	48

[1988]

DE AQUELLOS FUEGOS SAGRADOS

LALUZ

<i>Llego al recuerdo como silente gozo llega:</i>	53
---	----

Alrededor de la palabra poética de Rosaura Álvarez

«La creación artística es el único medio humano —no religioso— que redime la existencia de la mujer, del hombre.»

ROSAURA ÁLVAREZ

NOTA BIOBIBLIOGRÁFICA

 Rosaura Álvarez nace en Granada. Su formación artística y universitaria corren parejas, cursando estudios en la Universidad de Granada que culminarán con su licenciatura en Historia —su actividad profesional la desarrolla como profesora de Historia del Arte—, así mismo realiza estudios de música en el Conservatorio «Victoria Eugenia» de Granada y de pintura en la Escuela de Artes y Oficios de su ciudad natal; también, de grabado, en la Fundación Rodríguez-Acosta. Desde mediados de los años setenta y hasta su definitiva entrega y dedicación a la creación poética, lo que ocurrirá hacia 1984, se dedica a la pintura —de «inconfundible factura en que los valores plásticos potencian un fuerte contenido conceptual» (Carvajal, 2001: 44)—, habiendo participado en diversas exposiciones colectivas e individuales.

Sin embargo, como queda dicho, va a orientar definitivamente sus pasos creadores por el dominio de la poesía dando a la luz pública algunos de sus poemas en antologías y publicaciones colecti-

vas como las dedicadas por la Universidad de Granada a los poetas granadinos Pedro Soto de Rojas y Federico García Lorca, en 1984 y 1986, respectivamente. Desde entonces y hasta hoy no ha dejado de colaborar en revistas y antologías, si bien su proyecto creador, orientado desde un principio a la consecución de una esencial y depurada obra poética, ha dado los frutos de los muy cuidados libros que paso a nombrar. En 1986, aparece en Granada, en la colección «Genil», su primer libro de poesía, *Hablo y anochece*. Después vendrían *De aquellos fuegos sagrados* (1988), número uno de la granadina colección Corimbo; *Diálogo de Afrodita (en tres tiempos)* (1994), publicado en la madrileña colección Torremozas; y *El vino de las horas* (1998), que vio la luz en la cuidada colección Cortalaire de la Fundación Jorge Guillén de Valladolid. Actualmente tiene en prensa su último poemario, *Alter Ego*, al que he tenido acceso, hermoso libro que viene a consolidar una trayectoria poética sin concesiones ni desmayos estéticos, tal como más adelante expondré. Mención aparte merece *Intimididades* (2001), libro antológico dado a la luz en Córdoba, en la colección Los Cuadernos de Sandua, que incluye numerosos poemas inéditos.

Por otra parte y desde la perspectiva del ensayo, sobresale su estudio sobre la actividad de los jesuitas con los moriscos de Granada en el siglo XVI (Álvarez, 1983) y, muy especialmente, *Sobre nueva poesía de mujer en España* (2003), título del discurso con el que Rosaura Álvarez formalizó su ingreso en la Academia de Buenas Letras de Granada, institución a la que pertenece en calidad de académica fundadora.

Este breve perfil de su vida y obra ofrece de salida al lector un sobresaliente rasgo de nuestra autora: se trata de un ser poético total que ha ensayado los más diversos caminos que en su día le ofreciera el arte, tales como el de la pintura, el de la música y el del arte de la palabra, si bien escogió situarse en la senda abierta por muy destacados nombres de la poesía granadina —Pedro Soto de Rojas, Federico García Lorca, Elena Martín Vivaldi, Antonio Carvajal y Juan Gutiérrez Padial, quien ejerció una labor de magisterio con nuestra autora, entre otros que podría nombrar—, a los que se siente unida por una devoción lectora e incluso, en el caso de los poetas coetáneos, por una devoción de amistad, de lo que da buena cuenta su obra toda y, para ser más concretos, la sección «Homenajes» de la presente antología.

ASPECTOS DE SU POÉTICA Y RAZÓN DEL TÍTULO DE LA ANTOLOGÍA

Conocidos los anteriores datos biobibliográficos de Rosaura Álvarez y con objeto de introducimos inicialmente en la comprensión de la lógica interna de su poesía, se hace necesario efectuar una aproximación a su poética, esto es, se impone analizar brevemente lo que nuestra autora piensa de la poesía, indagando en los principios operatorios que del modo que fuere están presentes en ese acto intencional que es toda creación. Así, por ejemplo, conviene reparar en que para Rosaura Álvarez, la poesía es el más alto exponente del sentir y constituye a su modo una superior vía de conocimiento a la que nos conducen los silencios de la filosofía. La poesía,

para la autora de *El vino de las horas*, es un acto de verdad y cauce de una aspiración de belleza que nunca deja de interpelar al lector y que no se agota nunca. La poesía para Rosaura Álvarez constituye, pues, un superior discurso por cuanto aúna verdad, bondad y belleza, lo que supone una consideración del arte de la palabra como síntesis de los discursos del saber, de la ética y de la estética. Esto explica su definitiva y madura entrega a la creación lírica y su alto y sostenido aprecio del complejo arte de la palabra como se deduce de las siguientes reflexiones que expusiera con ocasión de su referido discurso de ingreso en la Academia de Buenas Letras de Granada. Pues bien, allí leemos:

«Creo que toda obra artística, que se precie de serlo, conlleva el poder inmanente de la emoción, emoción distinta según el sujeto poético, según el lector de poesía, pero que se reserva un hálito permanente inconcluso, que no podrán cerrar los años, ni los futuros lectores. Un oculto sentido, pero universal, desvelará a través del devenir el valor esencial del poema, la fascinación que nos transmite. Nos acercamos al espacio de la poiesis, ámbito entre lo humano y lo divino, para algunos mágico, donde los límites son ilimitados hasta el punto de que siendo el lenguaje vehículo y protagonista en este acontecer, la misma poesía-palabra nos niega su definición; pienso que lo que se aprehende en un poema sobrepasa el poema y, a su vez, es un todo en él y nada se puede quitar y nada se puede añadir, y en todas y cada una de sus partes se cobija la emoción y en todos y cada uno de sus silencios. El valor intrínseco es innumerable e indivisible. Ante tal realidad, llego a la siguiente conclusión: la belleza artística sólo puede ser objeto de aprehensión. Entiendo, por tanto que no hay poesía masculina o femenina. La poesía sólo debe tener una cualidad inalienable: su bondad artísti-

ca. Cuando se consigue esto, el poema se alza a través del tiempo». (Álvarez, 2003: 24).

Aquí pueden entreverse las grandes líneas de fuerza de su esencial pensamiento estético que nos proporcionarán algunas claves para la comprensión de su universo poético y de las piezas poéticas que lo nutren, esos poemas a través del tiempo y alrededor de la palabra. Como toda reflexión basada en una genuina experiencia vital creadora y cocreadora, sus palabras son antes que nada una conquista de la razón que ha sabido nombrar la realidad de una experiencia que ofrece toda clase de resistencias a la hora de ser comprendida y mucho más a la hora de ser explicada. Se trata de un pensamiento incoativo y paradójico cuya lógica última proviene de lo que llamamos antes comprensión hermenéutica que comprensión teórica. De ahí que debemos situarnos frente a las reflexiones paradójicas no como espacios de contradicción sino como un modo de nombrar la complejidad del humano proceso de creación poética y su funcionamiento. No en balde asistimos a una reflexión sobre la radical capacidad humana de creación de unos artefactos verbales que conjuran su propia finitud existencial y lo asemejan, pese a su condición de ser mortal, a la inmortalidad de los dioses, lo que ya sancionara poéticamente Juan Ramón Jiménez con el impresionante comienzo de su poema «Espacio»:

«“Los dioses no tuvieron más sustancia que la que tengo yo.” Yo tengo, como ellos, la sustancia de todo lo vivido y de todo lo por vivir.»

Por eso, que nuestra poeta hable de las distintas emociones que guarda y provoca un poema, que se

refiera a su radical apertura significativa y a la vez a su sentido oculto, que considere al lenguaje de la poesía como un vehículo sígnico y como un artefacto verbal cerrado, condición de toda belleza, de inagotable proyección temporal, es un modo de dar cuenta de la complejidad del discurso de la creación poética, discurso que aúna conquista y límite humanos, que cristaliza una significación histórica y se proyecta a todo tiempo siendo lo que es y, ciertamente, más de lo que es.

Pero conozcamos además algunas de sus ideas poéticas —uno de los asuntos centrales de toda poesía es la poesía— a través de poemas metapoéticos recogidos en la presente antología. Así, por ejemplo, en «Palabra inasible», con un bien trabado juego de endecasílabos, el sujeto poético ofrece una suerte de explicación de lo que es el comienzo del proceso creador, de la musicalidad verbal con que se inaugura, de las ansias de perfección estética y de la función que le es dado cumplir a la palabra poética, concluyendo con un contrapunto al no poder cifrar en el papel el alto hallazgo estético que dice poseer:

Seducción de palabra me estremece;
cándida me penetra suplicando
raras cadencias de conciertos. Arias
que enmudezcan los coros magistrales.
Brillo inmutable; más, ser engendrada
en tan virgen esencia, que alumbrase
al mismo tiempo copos y ceniza.

En liturgia de formas se bendice
y asciende conmovidamente plena.

Mas cuando intacto su beso me incita,
sé que puse el papel no sé por dónde.

En el poema titulado «Toda palabra miente», nuestra poeta plantea una vez más su crucial idea de los límites que tiene la lengua a la hora de cifrar una honda emoción estética, siendo paradójicamente su condición de posibilidad, idea en la que insistirá en el poema «Silencio» y, muy especialmente, en el expresivamente titulado «Belleza», cuyos versos no hacen sino intentar apresar la belleza efímera que el sujeto poético percibe en un escenario natural armonioso de naciente primavera —abril—, cuyo suave y sensual viento mueve las copas de los árboles donde el pájaro lanza su canto como reclamo amoroso, simbolizando en él la explosión de vida que la nueva estación inaugura. En la segunda estrofa del poema, la voz poética subraya tal momento de hermosura inabarcable experimentado —y he aquí lo que ahora más nos interesa—, concluyendo con un verso-epifonema para afirmar los límites verbales para dar cuenta de tanta belleza. Recordemos el poema:

Sensual el viento, como encuentro
de amante ansiado, va y retorna blando
por el pretil satén de abril naciente;
mece, estremece, la sutil frescura
de las copas, y el pájaro encumbrado
eleva el dulce canto con primor
pudoroso de adolescentes nupcias.

En tanto el corazón que mira, admira
y goza, en su fulgor sorprende ecos
grávidos de hermosura inabarcable
—que verbo y mito nunca pronunciaran—.

En «Símil», poema de claro título, el sujeto poético trata de explicar mediante metonimia el difícil

estado en que se encuentra quien en el proceso creador trata de hallar la palabra ajustada a su propósito estético comparándolo con los repetidos, turbadores, desasosegados e infructuosos movimientos que un insecto efectúa en plena noche alrededor de una luz:

Como el insecto que en la noche
hacia la luz se inclina y va y viene
en danza de zigzag y laberinto,
y con sus febles alas da y retorna,
topa, llena de silencio con dolido
concierto de sus élitros,
ciego de turbación, desasosiego.

Del mismo modo el pecho,
tanta vez, en designio de palabra.

Este poema, con esa tan eficaz como expresiva imagen del insecto que gira alrededor de una luz, nos puede servir finalmente para explicar el título de la presente antología, *Alrededor de la palabra*, pues con el mismo Rosaura Álvarez nombra su muy cuidada selección de los poemas, considerándolos antes que nada como los resultados creadores de una intensa búsqueda, de una lucha por apresar en ellos la belleza experimentada y por nombrar lo inefable, lo que nunca se consigue plenamente. De ahí que nuestra poeta se considere instalada y para siempre alrededor de la palabra, de lo que da expresiva cuenta, con su intertexto sanjuanista, el poema «El envés de la palabra», cuyas dos primeras estrofas muestran el proceso de reflexión y búsqueda de la palabra, siendo las dos siguientes las que proclaman el asombro y la alegría de, por esta vez, un azaroso hallazgo:

Porque te ocultas a mi afán,
tenaz persigo: silbo, rito, lumbre
de ti en mis profundas aguas
—acecho reverente del bucear insomne—.

Y juegas y te escondes y coqueta
muestras lúdico el ritmo, rasgo,
aroma de un jardín de extraños sinos.

En par de la alborada
naces cual tibio sol
—azar sobre mi frente—:
pura y bella en tremor indescifrable.

Y me gozo y me palpo
guiñol entre tus dedos, pues
en seda de tu asombro me has nacido.

Pues bien, *Alrededor de la palabra* es el título, de ambición a la postre denotativa y esclarecedora, elegido por Rosaura Álvarez para nombrar su hasta ahora más importante selección poética. El lector comprenderá esa grave reflexión que, tomada de su discurso de ingreso en la referida Academia, he citado, en la que habla de los límites ilimitados de la poesía, de la inequívoca cifra verbal del poema y de su imposible definición, de su capacidad de cobijar la emoción al tiempo que es signo de un silencio. Precisamente, este aspecto de su poética y de su poesía —«el tema del silencio»—, si bien ligado al de la soledad, ha sido objeto de explicación crítica por, entre otros, Carlos M. Andrés Gil (Andrés Gil, 1995: 409-412).

UNA VISIÓN GLOBAL DE SU POESÍA: TRAYECTORIA,
ASPECTOS TEMÁTICOS Y USO POÉTICO DE LA LENGUA

La conciencia de lo que pueda ser la poesía y su inequívoca conceptualización como un superior discurso creador de los seres humanos —hombres y mujeres— late por todos y cada uno de los poemas que nutren la obra toda de Rosaura Álvarez, una obra que surgió madura en plena madurez vital de nuestra autora, tal como supo ver José Espada:

«Rosaura Álvarez esplende hoy sobre el panorama literario español, emergiendo como súbita y cumplida eclosión en su entorno poético granadino, pero la realidad es que viene de lejos en el tiempo, de un antes en que ha ido germinando en ella una poética, inherente a su personalidad artística. Es por ello que cuando se decide tardíamente a publicar no hay balbucesos de inexperiencia, sino madurez lograda. Es, ante todo, una artista integral de refinada sensibilidad en varias direcciones.» (José Espada, 1994).

Estas palabras de Espada nos ayudarán a comprender que los comienzos poéticos de nuestra poeta carecieron de la indefinición de las obras primeras. Por eso podemos afirmar que *Hablo y anochece* es su libro poético primero, pero nunca primerizo. Había una larga y sosegada entrega al universo de la poesía detrás, ya como lectora ya como creadora que dibujaba la música de sus versos en el lienzo del papel. La poesía de Rosaura Álvarez, al igual que su pintura, manan de un único hontanar estético que se alimenta a su vez de una agudísima sensibilidad en perfecto estado de alerta frente a la vida en todas sus vertientes y, muy especialmente, en la taracea de la *vita minima* de los días instalada en el

infinito tablero del cosmos, con sus luces y sus sombras, su mundo diurno y el cegador universo de la noche, en el fértil cruce de los espacios de la realidad y del deseo. Sobre estos presupuestos o cimientos se levanta esta poesía de mujer para todo ser humano, poesía que ha cristalizado en los poemarios a que me he referido con anterioridad y que, en el caso de los tres primeros, poseen una común arquitectura compositiva al disponer los poemas en tres partes. Así, por ejemplo, *Hablo y anochece* cuenta con tres secciones —«Canto I», «Canto II» y «Canto III»—; *De aquellos fuegos sagrados*, con las tituladas «La luz», «Las brasas» y «La ceniza»; su siguiente libro, *Diálogo de Afrodita (en tres tiempos)*, ya anuncia tal composición en el título mismo, titulando cada parte ahora «I. Cercanía», «II. Lejanía» y «III. Melancolía». Esta común estructura ternaria obedece, como se comprende, a un deseo de disposición de los poemas en los respectivos poemarios con una voluntad de significación que los pone en sutil relación entre sí, significación para la que Carvajal aporta algunas claves que van de las musicales de la sonata —de ahí que el primer libro se divida en «Cantos»— a las de la dialéctica —tesis, antítesis y síntesis— e incluso religiosas como las provenientes del orden litúrgico de la misa —prosa, canon y comunión— (Carvajal, 1998: 12-13). En todo caso, el lector podrá concluir tras su incursión en la antología, que respeta tal estructura ternaria en la respectiva selección operada en los citados libros, lo que de común simbólico pueda haber entre la cercanía y la luz, la lejanía y el fuego y la melancolía y la ceniza.

Dicho esto, conviene que nos preguntemos de qué habla esta poesía. Pues bien, todos sabemos que

el camino de la poesía lírica, la preferida senda que recorren los versos de Rosaura Álvarez, acaba por situarnos ante una muy corta serie de preocupaciones y asuntos que podrían cifrarse en las siguientes palabras: el amor, las perplejidades humanas que emanan del yo y de su conciencia de alteridad, de la soledad y de la ambición de totalidad, de la finitud existencial y de los deseos de trascendencia, de la inextinguible llama del arte sin adjetivos y del arte de la poesía en que nos consumimos como aprendices de dioses y muy poco más. Bien es cierto que estos asuntos tienen su distinto tratamiento y desigual presencia en sus respectivos libros. Pero están en ellos. El lector sabrá deducirlos en cada caso y podrá comprobar por sí mismo la hondura lírica de esta voz y su belleza.

Podríamos así preguntarnos por la trayectoria que describe su poesía, trayectoria que ha sido seguida atentamente por, entre otros críticos, Biruté Ciplijauskaitė (1989, 1990, 1994 y 1995). Pues bien, cabe establecer dos grandes momentos o etapas en la poesía de Rosaura Álvarez: la que inicia *Hablo y anochece* prolongándose hasta su libro *El vino de las horas*, en el que ya se anuncia, concretamente en parte de los poemas recogidos en la sección titulada «Homenajes» —así lo reconoce la poeta en una nota puesta al frente de su libro en prensa—, el cambio que sin lugar a dudas representa *Alter ego*, lo que ha estudiado con inteligente pulcritud argumental Juan Varo en el prólogo puesto a este nuevo poemario, quien afirma:

«Son poemas [los de *Alter ego*] que en su mayor parte se alejan del habitual laconismo de la autora: exclusión de la temática amorosa, desaparición de espacios

poéticos abundantes en sus libros anteriores, acercamiento a temas históricos [...] Demasiadas innovaciones para no reconocer detrás de este título una voluntad de riesgo, una vocación de experimentación con nuevos materiales en el tema y en la forma» (Juan Varo, en prensa).

Y, finalmente, cómo habla esta poesía. Para comenzar diré que los lectores somos conducidos a tan graves cuestiones a través de un discurso poético de clara contención formal —parcialmente abandonada en el caso de sus poemas últimos, como acabamos de leer en la cita y podrá comprobarse con la lectura de los tres poemas inéditos ofrecidos en la correspondiente sección de la antología—, a través de su muy original uso de la sintaxis, gran musicalidad, rico léxico ya en uso o ya recuperado del de-suso arrastrando con él una tradición poética de estirpe barroca —en este sentido, el título del estudio de Carvajal incluido en *El vino de las horas* es todo un guiño (Carvajal, 1998)—, un discurso que se nutre de lo que llamamos vida, así como de la cultura —la música, la pintura y el cine—, siendo incorporada esta última como un ingrediente más de la radical experiencia vital, sin caer en el peor rostro del culturalismo. Precisamente, de la musicalidad de sus versos ha dejado escrito uno de nuestros grandes especialistas en métrica y directo conocedor de la poesía rosauriana, Antonio Carvajal, lo que sigue:

«Su barroquismo sonoro no es exactamente el de la silva blanca con asonancias ocasionales: hay, a veces, dejos juanramonianos, en largas secuencias de dieciséis sílabas tonalmente diversas; sus versos alejandrinos deben más a Lorca y Alexandre que al modernis-

mo; en ocasiones no desdeña ni disimula los endecasílabos musicalmente disonantes (tan eficaces poéticamente), los eneasílabos sincopadores y, aquí y allá, presuntos arcaísmos o cultismos léxicos altamente relevantes como elementos de sonoridad íntima.» (Carvajal, 1998: 12).

DE LA PRESENTE ANTOLOGÍA

La selección de los textos recogidos en el presente libro ha sido hecha por la autora. Mis palabras preliminares no tienen otra función que la de acompañar los poemas y efectuar las presentaciones —queda para otra ocasión el pormenorizado estudio que esta poesía merece—, invitando vivamente a que el lector rompa con su mirada la clausura de los textos para que les dé nueva vida y sea testigo directo de un discurso poético de *tanta hermosura y sufrimiento tanto* que aúna, como he dejado dicho, verdad, bondad y belleza, esto es, que aúna un cierto saber, una cierta moral y una determinada estética. Ocasión tiene para ello, pues en *Alrededor de la palabra (1986-2002)* queda recogida cuantitativa y cualitativamente una excelente muestra de la poesía de Rosaura Álvarez.

La autora ha dispuesto la selección siguiendo el criterio cronológico marcado por el año de publicación de sus libros, cuidándose mucho de que todos ellos tengan su selecta y compensada presencia en la presente antología, sin olvidarse de incluir además poemas de las tres partes en que se estructuran sus tres primeros poemarios, según veíamos. Así, pues, esta publicación contiene seis secciones, de las que cinco se corresponden incluso en el título con cada uno de sus libros respecti-

vos —«Hablo y anochece», «De aquellos fuegos sagrados», «Diálogo de Afrodita (En tres tiempos)», «El vino de las horas» e «Intimidades»— y la última —de «Inéditos»— ofrece poemas nunca antes dados a la luz pertenecientes a su último poemario *Alter ego*, actualmente en prensa.

El lector dispone, pues, de una nutrida muestra de esta poesía esencial mediante la que su autora indaga el sentido de la vida y de su vida, el eje donde ambas confluyen, en un permanente zigzag verbal, en permanente tensión alrededor de la palabra creadora con la que cifrar hondas experiencias estéticas cuando el estro o agujijón de la inspiración la habita, rescatadas experiencias a la postre salvadoras —recuérdese la cita con que abro esta introducción—, llenando de aromas del jardín sus versos, hurgando crepuscularmente en la memoria y en su mundo interior; mirándose en el espejo de los días y el paisaje y nombrando —para quebrarlas— la nada, la humana soledad y la tristeza humana; viviendo algunos instantes de plenitud, instantes sin tiempo, en el fluir de los ángulos oscuros de los días y las horas y mutando por la vía de la poesía el cieno en magnolias; mirando ensimismada cómo resbala y muere la dorada y simbólica luz por entre las ramas; nombrando el amor sin orillas y el fulgor del cuerpo; quemando en palabras la mirra de su sosegado asombro; nombrándose poéticamente mujer, edén sin débito de fruto; derramándose y viviendo libérrima en el inútil arte; uniendo en sus versos el áspid de la muerte con la paloma de lo eterno; tejiendo finalmente el hermoso y ancho tapiz de gobelinos de su poesía, con sus escenas de interior, con su paisaje, con

sus rojos granates que anuncian el ocaso, usando el hilo de seda, de plata y de oro de las palabras, la materia alrededor de la que vive para decir la verdad de su poesía.

ANTONIO CHICHARRO

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ÁLVAREZ, Rosaura (1983), «Actividad apostólica de los jesuitas con los moriscos», *Cuadernos de la Alhambra*, núms. 19-20.
- (1986), *Hablo y anochece*, Granada, Diputación Provincial, col. «Genil».
- (1988), *De aquellos fuegos sagrados*, Granada, Corrimbo.
- (1994), *Diálogo de Afrodita (en tres tiempos)*, Madrid, Torrezoas.
- (1998), *El vino de las horas*, Valladolid, Fundación Jorge Guillén, col. «Cortalaire».
- (2001), *Intimidades*, Córdoba, Publicaciones Obra Social y Cultural Cajasur, Los Cuadernos de Sandua.
- (2003), *Sobre nueva poesía de mujer en España*, Granada, Academia de Buenas Letras de Granada.
- *Alter ego*, Sevilla, Point de Lunettes (en prensa).
- ANDRÉS GIL, Carlos M. (1995), «La poética del ocaso en Rosaura Álvarez», *Revista Hispánica Moderna*, año XLVIII, diciembre, pp. 401-416.
- CARVAJAL, Antonio (1998), «Ludir de brocateles (Notas otoñales para Rosaura Álvarez)», en ÁLVAREZ, Rosaura (1998), *El vino de las horas*, Valladolid, Fundación Jorge Guillén, col. «Cortalaire», pp. 9-16.

-
- (2001), «Noticia de la autora», en ÁLVAREZ, Rosaura (2001), *Intimidades*, Córdoba, Publicaciones Obra Social y Cultural Cajasur, Los Cuadernos de Sandua, p. 44.
- CIPLIJAUSKAITÈ, Biruté (1989), «La renovación de la voz lírica», *Zurgai*, diciembre.
- (1990), «Los diferentes lenguajes del amor», *Monographic Review*, VI, pp. 113-127.
- (1994), «Rosaura Álvarez, *Diálogo de Afrodita (En tres tiempos)*», *World Literature Today*, Autumn.
- (1995), «Hacia la afirmación lírica», *Revista de Estudios Hispánicos*, 29.
- ESPADA, José (1994), «Un sostenido poema de amor de Rosaura Álvarez», *Artes y Letras. Suplemento de Cultura del diario Ideal*, Granada, 4 de junio, p. v.
- VARO, Juan, «Incendio en la noche (Notas sobre *Alter ego*)», en ÁLVAREZ, Rosaura, *Alter ego*, Sevilla, Point de Lunettes (en prensa).